

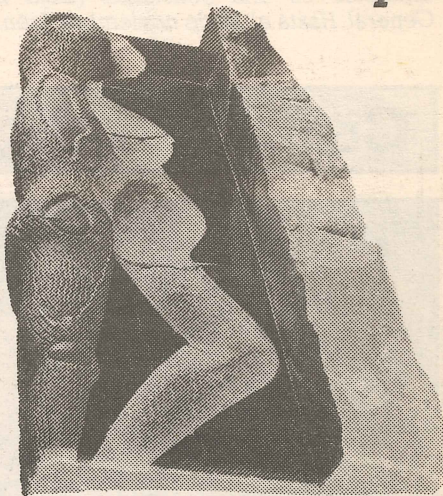
JAEN

Andrés Fernández Alcántara: arquetipos, 1980-1990

EXPOSICION importante la que presenta Fernández Alcántara (Torredelcampo, 1960) en Jaén, su tierra de origen, con el patrocinio de la Diputación Provincial. Es inusual un esfuerzo expositivo notable como este, cuando se trata de reconocer la labor de un artista tan joven.

Estamos ante una muestra modélica por la riqueza de su contenido, por el cuidado de su montaje y, en especial, porque tiene y cumple una intención precisa e interesante: ofrecer una panorámica completa y documentada, de recapitulación, sobre los diez primeros años de la trayectoria artística de este escultor, que se ha hecho en los talleres de profesionales de la talla y en las canteras más que en los ámbitos académicos, y que ha logrado una madurez temprana, firme y prometedora. Ahora que los escultores renuncian abusivamente a participar en la realización técnica de sus piezas, y ahora que, con el interés social en auge por lo escultórico, se hacen tiradas amplias de un mismo modelo exitoso, recorrer esta exposición de Andrés F. Alcántara resulta gratificante para los amantes verdaderos de la escultura. Alcántara elige los materiales, los talla en piezas únicas y los dota de expresión propia. El pulso del artista vivifica estas piedras soberbias, que configuran pájaros míticos, fuentes sagradas, imágenes intemporales de hombres, altivas siluetas totémicas, arquetipos de culturas arcaicas, originarias.

Ante esta serie poderosa de mármo-



«Piedra de Calatorao», escultura de Fernández Alcántara

les, pedernales, alabastros y calizas, el espectador puede comulgar con el espíritu escultórico de las edades antiguas, cuando los artistas inventaban objetos o bien con finalidad mágicas, o bien por la necesidad que sentían de hacerlo.

El proceso de F. Alcántara arrancó en línea con el expresionismo, en esa dirección de **reactualización de lo universal y de lo eterno** que la escultura europea de la modernidad ha buscado desde sus orígenes, y que a comienzos de siglo creyó hallar en la estética negroafricana y en el arte de los pueblos primitivos. Los neoexpresionistas han vuelto a esas fuentes, tratando de realizar una obra cuya sola presencia resulte autónoma, ajena a lo accesorio,

concentrada intensamente. Este criterio de realismo expresivo de formas trascendentales está vigente en todo el discurso escultórico de Alcántara. Las obras de su primera serie resultan sobrepoderosas, míticas.

Acorde con esta vocación de un arte categórico, Alcántara viró luego su interés a la sublimación de la temática, a huir de lo narrativo. Buscó en el espíritu de Brancusi el progresivo afinamiento de materiales, formas e ideales. Dentro de este proceder, la configuración, inicialmente descriptiva, dejó su lugar a formas más puntuales, que se generan unas a otras. Del tratamiento expresivo, muy fuerte y más mecánico, Alcántara evolucionó al proceso de generación continuada de formas a partir de sí mismas y de su propia condición material. La obra resultó más fría, pero de mayor despojamiento y concentración.

Los arquetipos de esta exposición pertenecen a esas dos etapas primeras de nuestro escultor. Pero conviene apuntar que recientemente la trayectoria de Alcántara ha vuelto a abrirse hacia proposiciones nuevas, hacia piezas en que la línea, el dibujo, impera, al tiempo que las formas comienzan a presentar complejidad mayor y un nuevo dinamismo. Son obras que se inspiran en el repertorio instrumental y en el modelo arquitectónico. Los frutos de esta fase inédita están por cosecharse, pero Andrés F. Alcántara merece la atención y la confianza que siempre despertó y alentó con su trabajo.

JOSE MARIN-MEDINA